

NUMERO 110.

Opinion del Sr. Morelos, sobre organizacion del gobierno ó suprema junta.—Setiembre 12.

Exmo. señor.

Yo estoy entendido que nuestro congreso se ha de componer de representantes por lo menos de las Provincias episcopales, y principales Puertos, aunque dichos representantes puedan votar la suprema en número de cinco, como decimos en nuestra constitucion; pero como las capitales, y puertos aun no son nuestros no puede tener efecto esta organizacion, y por ahora nos bastará completar el número de cinco, para que estando temporalmente divididos por los quatro vientos sobre las Armas, quede uno en medio libre de ellas con uno o dos ministros de politica y buen Gobierno que se pueden elegir provisionalmente para que allu-

den a despachar los asuntos á genos de lo Militar entre tanto organizamos por los quatro vientos, quatro Exercitos respetables, capaces de derrotar, ó por lo menos recistir al enemigo, pues estos al mando de buenos generales darán lugar y seguridad a los individuos de la Junta para su antigua union, y disposiciones de su instituto. La residencia de este ultimo será la mas á propósito para la comunicacion de los quatro vientos. Este es mi dictamen *salvo meliore*.

Dios guarde á V. E. muchos años. Tehuacan Septiembre 12 de 1812.—*Jose Maria Morelos*.—Exmo. Sor. Presbítero Lic. D. Ignacio Rayon.

NUMERO 111.

Informe del Sr. Morelos contra el padre D. José María Ramos.—Setiembre 12.

Exmo. señor.

El Padre D. José María Ramos se me fué de Chilapa sin pase luego que vido correo de la Suprema Junta, y sin duda oíó lo que le hiva á suceder; y aunque antes me havia negado que se firmava General del Norte, pero sus posteriores oficios, que por grandes quejas me han presentado otros, lo acusan.

Se fué sin pase: quitó las armas y aun gen-

te á mi Teniente coronel Herrero (aquel Padre de Cuernavaca) y há metido grande bulla por Tepecuaquilco á las abanzadas que por allí tenia yo dispuestas pero como me coje á tanta distancia, no lo puedo remediar. El há recogido las armas á todos, y aunque dice que tomó la Plaza de Tepecuaquilco, no fué, sino que el gachupin Armona la dejó sola creyendo que alguna division mia se dirijia por allí á Tasco.

Dicho Padre no me contesta á los oficios, pero si me cuenta sus aventuras ó hazañas de D. Quixote, y aunque á todos há molestado, parece que ya los há hecho tayudos.

Me acava de remitir el oficio de V. E. y su respuesta, queriendose sostener por lo menos de Teniente General. La misma instancia havia echo conmigo contandome que tenia un grande exercito en Tierra-adentro lo que lo aguardava, pero que para mejor seguridad de que no le boltearan la espalda quería llevar una firma mia, la que no consiguió.

De lo dicho resulta que yo no le comisioné para aquel recinto; pero atendiendo á las presentes circunstancias, ya que se ha metido á gato bravo, lo dejaremos algunos dias por estar en camino para Acapulco (á donde se dise-

quiere bajar una divicion realista á conducir los efectos de la Nao Rey Fernando, aunque yó no lo créo) entretanto beremos que haze, pues ya há dado en que ha de ser militar á fuerza del Diablo.

En la Plaza de Chilpancingo tengo al coronel Don José Vazquez completando su Regimiento, y á esa Plaza pertenecen algunas armas de las que ha recogido Ramos. Dicho coronel cuida de aquellos puntos aguardando el asalto de Acapulco; pero Ramos le metió boruca, hasta que ya parece se han aquietado.

Dios guarde á V. E. muchos años. Quartel General en Tehuacan Septiembre 12 de 1812.—*Jose Maria Morelos*.—Exmo. Sor. Presidente Lic. D. Ignacio Rayon.—Tlalpujagua.

NUMERO 112.

El Sr. Morelos, al Sr. Rayon que le remita copia de la constitucion, y da su voto de quiénes deben formar la junta gubernativa.—Setiembre 4.

Exmo. señor.

Con las agitaciones de la guerra, y muchas manos que es necesario anden en nuestros papeles se perdió el trasado de la constitucion Nacional, y solo puede encontrarse en la Ciudad de Guadalupe de la Provincia de Teupan, por lo que inmediatamente mandé á nuestro Mariscal Don Ignacio Ayala, remita á V. E. una copia, y á mi otra.

Por entonces refundí mi voto en el Sor. Dr. Don Jose Sisto Berduzco por no tener individuo quien diputar, ni menos poderme separar del Exercito por estar en bisperas de ataque que este gano en 16 y 17 de Agosto del año pasado.

Mi dictamen siempre ha sido que V. E. sea Precidente de la S. J. N. G. y que el Sor. Dr. D. José Sisto Berduzco sea segundo en la Junta; y por consiguiente el Sor. Don José María Lisiaga será Tercero, aunque no tengo conocimiento ocular de su Excelencia.

Es quanto puedo decir por ahora sobre el dictamen que V. E. me pide.

Dios guarde á V. E. muchos años. Quartel General en Tehuacan Setiembre 4 de 1812.—*Jose Maria Morelos*.—Exmo. Sor. Presidente de la S. J. N. G. Lic. Don José Ignacio Rayon.—Tlalpujagua.

NUMERO 113.

Carta reservada de la junta de Zitácuaro al general Morelos.—Setiembre 4.

Reservada.—Habrà sin duda reflejado V. E. que hemos apellidado en nuestra junta el nombre de Fernando VII que hasta aora no se habia tomado para nada; nosotros ciertamente no lo habriamos hecho, sino hubiéramos advertido que nos surte el mejor efecto; con esta política hemos conseguido que muchas de las tropas de los europeos desertándose se hayan reunido á las nuestras, y al mismo tiempo que algunos de los americanos vacilantes por el vano temor de ir contra el rey, sean los mas decididos partidarios que tenemos. Decimos vano temor, por que en efecto no hacemos guerra contra el rey, y hablemos claro, aunque la hizieramos, hariamos mui bien, pues creemos no estar obligados al juramento de obedecerle; por que el que jura de hazer algo mal hecho ¿qué hará? dolerse de haberlo jurado, y no debe cumplirlo. Esto nos enseña la doctrina cristiana.

¿Y hariamos bien nosotros cuando juramos obediencia al rey de España? ¿Hariamos por ventura alguna accion virtuosa cuando juramos la esclavitud de nuestra patria; ó somos acaso dueños áribros de ella para enajenarla? Lejos de nosotros tales preocupaciones; nuestros planes en efecto son de independencia, pero diremos que no nos ha de dañar el nombre de Fernando, que en suma viene á ser un ente de razon.—Nos parece superfluo hazer á V. E. mas reflexiones sobre este particular que tanto habrá meditado V. E. Dios le guarde á V. E. muchos años.—*Lic. Ignacio Rayon.*—*Dr. José Sisto Verduzco.*—*José Maria Liceaga.*

Palacio nacional de Zitácuaro, Setiembre 4 de 1812.—Por mandado de la suprema junta nacional americana, *Remigio de Yarza*, secretario.—Señor teniente general D. José Maria Morelos.

NUMERO 114.

Proclama de la junta suprema de la Nacion, en el aniversario del 16 de Setiembre.

La Junta Suprema de la Nacion á los americanos en el aniversario del dia 16 de Setiembre.

Americanos: Cuando vuestra junta nacional, impedida hasta ahora de hablaros por el cúmulo vastísimo de cuidados á que á tenido que

aplicar su atencion, os da cuenta de sus operaciones, de los sucesos prósperos que han producido, ó de los reveses que no siempre ha podido evitar, escoge para llenar esta obligacion reclamada por la confianza con que habeis depositado en sus manos el destino de vuestra patria, la interesante circunstancia de un dia

que debe ser indeleble en la memoria de todo buen ciudadano. ¡Dia 16 de Setiembre!... El espíritu engrandecido con los tiernos recuerdos de este dia, extiende su vista á la antigüedad de los tiempos, compara las épocas, nota sus diferencias, ve lo que fuimos, esclavos encorvados bajo la coyunda de la servidumbre, mira lo que empezamos á ser, hombres libres, ciudadanos, miembros del Estado con accion de influir en su suerte, á establecer leyes, á velar sobre su observancia, y al formar este paralelo sublime exclama enajenado de gozo: ¡Oh dia, dia de gloria, dia inmortal; permanece grabado con caracteres perdurables en los corazones reconocidos de los americanos! ¡Oh dia de regeneracion y de vida!

Inesperadas dichas, imprevistas adversidades, pérdidas sucediendo á las victorias, triunfos llenando el vacío de las derrotas: la nacion elevada hasta la altura de la independencia, descendiendo luego al abismo de su abyecto estado; ayudada de su primer esfuerzo por la influencia protectora de la fortuna, abandonada despues de esa deidad inconstante, enemiga de la virtud y compañera del crimen; subiendo paso á paso, desde el ínfimo grado de abatimiento hasta la excelsa cumbre en que hoy se halla colocada majestuosa y serena. He aquí, americanos, el cuadro prodigioso de los acaecimientos que en el trascurso de dos años ha formado la escena de la revolucion, cuya historia va ha trazar con sucintas líneas vuestro congreso nacional.

Dáse en Dolores un grito repentino de libertad; resuena hasta las extremidades del reino, como el eco de una voz despedida en la concavidad de una selva; agitándose los ánimos, renene en crecidas porciones para hacer respetable la autoridad de sus reclamaciones; ven los pueblos el peligro de su situacion, conocen la necesidad de remediarla; júntase un ejército que sin disciplina y pericia expugna á Guajuato; supera la oposicion de Granaditas; toma la ciudad, donde es recibido con aclamaciones de júbilo, y marcha victorioso hasta las puertas de la capital. Enpéñase allí una porfiada pelea; triunfa la inexperiencia de la sagacidad; el entusiasmo de una multitud inerme contra

la arreglada union de las filas mercenarias, corona la victoria el heroismo de nuestros esfuerzos, y los escuadrones enemigos en pequeños miserables restos buscan el refugio de los hospitales para curar sus heridas. El campo de las Cruces queda por los valientes reconquistados de su libertad, que tan indignados contra el tiránico poder que los obliga á derramar su propia sangre, como deseosos de economizarla, suspenden sus tiros mortíferos á la vista de las insignias de paz y de concordia divisadas en el campamento de los contrarios para herir con este ardid alevoso, á mas, usado entre bárbaros, á quienes no pudieron rechazar con la fuerza de sus armas. Sobreponense sin embargo las disposiciones de fraternidad á los excesos del furor en que debia precipitarnos tan salvaje felonía, y los medianeros de la conciliacion enviados con temor y desconfianza, se presentan á los vencidos á proponer y ajustar un tratado que restituyese la tranquilidad y asegurase la armonía. Este paso de sinceridad fué despreciado, desatendidas nuestras propuestas, mofadas irrisoriamente y respondidas con insulto y provocaciones irritantes. Cansados, en fin, de hablar sin esperanza ya de ser oidos, fué la intencion pasar adelante, y sacar de aquel triunfo por medio de la fuerza todas las ventajas que ofrecia á unos y á otros el de la razon y la dulzura, mas la incertidumbre del estado de la capital, la inaccion de sus habitantes obligados por la tiranía á encerrarse en lo interior de sus moradas; el justo temor de los desórdenes á que se hubiera entregado una muchedumbre embriagada en su triunfo é incapaz todavía de sujecion á una autoridad naciente, hace retroceder el ejército y se reserva para sazon mas oportuna la decisiva entrada de la corte.

Este movimiento retrógrado es mirado por diferentes aspectos segun la intencion y capacidad de los censores; la determinacion empero de alejar el grueso de nuestras fuerzas de aquel punto, es llevada al cabo y conducido á Guadalupe el ejército de las Cruces. Allí, despues de conocida en la infortunada refriega de Aculco la necesidad del orden, se empieza la organizacion, la disciplina, la subordinacion y

arreglo del soldado. Todas las preparaciones se aprestan, todas las disposiciones se toman para recibir la division enemiga del centro que al mando de Callejo marchó á dispersarnos y concluir sin los preparativos; descargar el ímpetu de diez mil hombres armados contra el débil estorbo de seiscientos soldados bisoños que resistieron con esfuerzo increíble un choque en que el valor estuvo de su parte, aunque tuvieron en contra la fortuna. Trábase la lid, y el Puente de Calderon defendido con heroismo, es vencido por los contrarios que se abren paso por él para entrarse á la ciudad.

Verificóse en efecto la entrada y la dispersion de la tropa que fué su consecuencia infausta; precipita la salida de los generales, que superiores al maligno influjo de su castralla, caminan con la imperturbable serenidad de los héroes á refugiarse á las provincias remotas de lo interior, donde abandonados á la malhadada suerte que es el distintivo de las almas grandes, son aprehendidos con vileza por los caribes de aquel rumbo.

Parecía que la Providencia queria poner nuestra constancia á una prueba tan terrible y dudosa, y que el edificio del Estado conmovido y debilitado con tan violentos vaivenes; iba ya á desmoronarse y quedar sepultado en sus mismas ruinas, cuando una invisible fuerza detiene su amenazante destruccion y suscita nuevos campeones que reparan las pérdidas, hacen revivir el espíritu amortiguado del pueblo y lo conducen por el camino de los sacrificios al término de la victoria. Las reliquias del fugado ejército de Calderon, parte sigue á los generales, parte se reúne bajo la conducta de un caudillo que fué en aquella época la única firmísima columna de la insurreccion. Este triunfa de Zacatecas, recibe la batalla memorable del Maguey y la jornada de los Piñones, en que oprimido el soldado de necesidades mortíferas, vió perecer al rigor de la sed algunos de sus compañeros, prepara los gloriosos acaecimientos de Zitácuaro. Esta villa es dos veces el teatro de nuestros triunfos, y quince fusileros protegidos de inexpertos guerreros con la anticuada arma de la honda, vencen la táctica del día, diestramente dirigida por sus científicos con-

trarios. Torre perece con su division; la de Empáran es rechazada por un número de hombres diez veces menor, sin que de la intrépida del primero haya libertádose uno que diese al cruel gobierno noticia de esta catástrofe. Por todas partes se dejan ver los trofeos del vencimiento, en tanto que el esforzado Villagran, posesionado del Norte, acomete sin interrupcion las reuniones de esclavos que infestan su demarcacion, intercepta convoyes, obstruye la comunicacion al enemigo y lo hostiliza incesantemente con la lentitud mas funesta. Por el Sur, el bizarro, valeroso é invicto Morelos, todo lo sujeta con suave violencia al imperio de la razon, todo lo domina, todo lo arregla y consolida con indecible rapidez, consiguiendo tantas victorias cuantas batallas da ó recibe.

Mientras nuestras armas hacen por estos rumbos tan rápidos y brillantes progresos, los vencedores de Zitácuaro se aprovechan de sus triunfos, aumentan la tropa, la inspiran el espíritu de disciplina y obediencia, y se concibe y ejecuta allí el proyecto mas útil, mas grandioso y necesario á la nacion en sus circunstancias. Erígese una junta que dirige las operaciones; organiza todos los ramos de un buen gobierno y da unidad y armonía al sistema de la administracion, inevitable para precaver los horrores de la anarquía. Al punto es reconocida y respetada su autoridad, y los pueblos enteros acuden ansiosos á sancionar con su obediencia la instalacion del congreso. Prepárase entonces el ataque de aquella villa insignie, primer santuario de la libertad, y sus heroicos vecinos se deciden á resistirlo y escarmentar la osadía de los agresores. Acércanse á probar fortuna; acometen furiosos, animados del espíritu maligno de Calleja; dase la señal del combate, y sus tropas, superiores en número, superiores en pericia y armas al corto número de los nuestros, inertes é indisciplinados, experimentan el valor de hombres libres, y tienen que llorar el efímero triunfo de su desesperada intrepidez y audacia. Profanan aquel majestuoso recinto consagrado á la inmortalidad de los héroes, y el hierro y el acero todo lo sacrifican á la implacable venganza del opresor; se incendia, se le despoja del patrimonio de sus tierras,

y sus infelices habitantes, unos son cruelmente arcabuceados, y los mas proscritos ó desterrados.

Esperábase ver concluida esta escena sangrienta para descargar sobre las fuerzas reunidas del Sur las del bárbaro ejército del centro. Marcha á la lucha engreido del reciente triunfo, y principiase el asedio memorable de las Amilpas. Setenta y cinco dias dura éste, cuyo éxito feliz llena de gloria á Morelos y de confusion á su enemigo. Disminuida y debilitada su gente, proyecta levantar el sitio, cuando el estado de hambre y peste á que el pueblo estaba reducido, hace prolongarlo con la esperanza de rendir á sus defensores. Frástrase este designio; el general, estrechamente cercado, rompe una doble línea, y sale majestuoso por en medio de los sitiadores, sobrecogidos de terror á la presencia de una accion casi sin ejemplo en los fastos de la milicia.

Vuelve burlado á Méjico el risible ejército de Calleja; abdica el mando ó se le despoja de él; cambia el aspecto de las cosas; ya todo es prosperidad, todo aumento para nuestras armas. Empréndese el sitio de Toluca, cuya plaza, cercana á rendirse, es abandonada por la falta de pertrecho consumido en multiplicadas luchas, todas gloriosas, si se atiende á que los medios de la agresion fueron increíblemente desiguales á los de la defensa y resistencia. Lerma batida de superiores fuerzas vence honrosamente sale de allí triunfante nuestro pequeño ejército, que reunido en Toluca parte á Tenango, donde se prepara á nuevos combates.

Dudábase entonces si convendría empeñar el que se disponia á darnos, ó hacer una retirada que sin comprometer el decoro de la nacion, la pudiese á cubierto de los contratiempos que se seguirian de la derrota probabilísima que debia sufrir acometida por una potencia cien veces mas ventajosa que la de trescientos fusiles que guarnecian la plaza. El deseo de vencer hace abrazar el último partido, resuélvese corresponder al entusiasmo de la tropa, que impaciente y valerosa aguardaba al enemigo; avístanse los combatientes, el valor de pocos repele la audacia de muchos. Cuatro dias de gloria, en que fué siempre repelido Castillo

Bustamante, no impide el avance de su infantería por el punto menos fuerte del cerro, cuya extensa circunferencia no pudo ser cubierta de nuestra poca tropa. Vencido, pues, el obstáculo que oponia aquella eminencia á la rendicion del pueblo, se medita libertarlo de la rapacidad de los bárbaros, y se ordena la retirada á Sultepec. Mientras se efectúa ésta, los infelices prisioneros y cuantos su mala suerte puso á discrecion del vencedor, fueron inhumanamente inmolados á la crueldad del despechado Bustamante. Cometiéronse excesos de todos géneros, y el desgraciado Tenango es el teatro de atrocidades inauditas. El inocente infante, el venerable anciano, la mujer respetable por la fragilidad de su sexo, y lo que es mas, lo que no puede decirse sin dolor y sentimiento de la religion que profesamos, los ministros del santuario, los ungidos del Señor, elevados sobre la esfera de lo mortal, sufren la muerte mas bárbara que han visto los tiempos, y clavados á las bayonetas sirven de trofeo á la victoria.

La junta ya refugiada en Sultepec, prevé las consecuencias de este infortunio; cree como indudable que al saciar la saña de los caribes con la desolacion de Tenango, vendrian á invadir á Sultepec indefenso y desprevenido; este fundado recelo hace emprender la retirada, no á un punto determinado, sino á los diversos lugares que se decretó visitar por los individuos del congreso para imponerse del estado de las poblaciones y remediar sus necesidades. Las ventajas de esta medida se están palpando en los multiplicados ataques que diariamente se dan con aumento de crédito y valor en nuestras tropas. En solo tres meses repuestos ventajosamente hemos arrancado al enemigo en los gloriosos encuentros de las cercanías de Páztcuaro, Salamanca y pueblo de Jerécuaro, mas de cuatrocientos fusiles, y disminuido los recursos de nuestros opresores en el considerable descalabro que han sufrido del convoy que conducian á Guadalajara.

Tantas prosperidades, despues que tantos desastres y vicisitudes tan contrarias nos han enseñado á ser pacientes en la adversidad y moderados en la buena fortuna, no las miramos

con los ojos de la ambicion, que refiriéndolo todo al acrecentamiento de la grandeza á que aspira elevarse, desprecia la sangre de los hombres y escucha con insensible frialdad los quejidos de los moribundos tendidos en el campo de batalla. No, americanos, los pensamientos de paz nunca están mas profundamente grabados en nuestros corazones, como cuando la victoria corona la constancia de nuestras tropas y forma un héroe de cada uno de nuestros soldados. Entonces brindamos con la union á nuestros tiranos, envainamos la espada que pudiera destruirlos, y dejamos ver nuestras manos triunfantes con un ramo de oliva que los llama á la amistad, y con ella á su conservacion. Si la guerra prolonga nuestros males y multiplica los estragos de la desolacion, culpa es del gobierno que oprime nuestra patria, es de esa manada envilecida de esclavos, que ya con las armas, ya con sus plumas, dignas de tal causa, adulan su capricho, hacen que se crea invencible señor de nuestros destinos, y como padre del Olimpo, capaz de reducirnos á polvo con una sola mirada de indignacion y de cólera. De aquí la pertinacia en continuar la guerra, de aquí el menosprecio de nuestras propuestas, de aquí el frenesí de apodarnos con denuestos groseros é inciviles, cuando débiles é impotentes provocan nuestra venganza é irritan nuestro sufrimiento. Este, contenido siempre en los límites de la moderacion que distingue nuestro carácter de la arrogancia, ó mas bien, de la altivez española, es acusado de inerte y apático, de indolente y desalentado. Mas fieles á nuestros principios filantrópicos y humanos, nos honramos con esta nota, de que no intentamos vindicarnos, porque los epítetos de crueles y bárbaros, que subrogarian á los otros, nos ofenderian, tanto mas, cuanto que siendo peculiares á la conducta observada de nuestros enemigos, se confundiria nuestra civilizacion con su barbarie, nuestra compasion con su dureza, la ferocidad de su índole con la dulzura y suavidad de la nuestra.

Vióse resaltar vivamente este contraste el

dia que con aparato ignominioso fueron entregados á las llamas por mano de verdugo los planes de paz á que la nacion convidaba á sus vacilantes opresores. Agravio tan injurioso, jamas recibido por ningun pueblo, es el mayor que tiene que vengar la América, entre los innumerables con que ha sido vilipendiada su dignidad y ajado su decoro. Un gobierno repugnado de la nacion, ilegítimo por esta circunstancia, contrapuesto á todos los principios que deben regirnos en la situacion en que se halla la metrópoli; un gobierno sin fe, sin ley, sin sujecion á ningun poder que modele sus operaciones, independiente la autoridad de las mismas cortes, en quienes solo conoce la soberania para ultrajarla con la contravencion á todos sus decretos: ¿este se atreve á llamar rebelde á una congregacion que le habla á nombre de todo un reino el lenguaje de la paz y la urbanidad, y arroja á las llamas los escritos en que está consignado el depósito sagrado de la voluntad general? ¡Qué audacia, qué atentado! No lo olvideis jamas, americanos, para alentar vuestro valor en las ocasiones de peligro. Si cobardes ó perezos cedemos á la fuerza que quiere subyugarnos, en breve no habrá patria para nosotros, seremos despojados de la investidura de la libertad y reducidos á la triste condicion de los esclavos. ¿Qué esperanza puede aún tenernos ligados á un gobierno cuya conducta toda es dirigida del deseo de nuestra ruina? Redoblad vuestros esfuerzos, invictos atletas que combatís la tiranía, salvad vuestro suelo de las calamidades que le amenazan, sed la columna sobre que descansa el santuario de su independencia; animaos á la vista de los progresos hechos en solos los dos años, sin tener armas, dinero, repuestos, ni uno siquiera de los medios que ese fiero gobierno prodiga para destruirnos, la nacion, llena de majestad y grandeza, camina por el sendero de la gloria á la inmortalidad del vencimiento.

Palacio nacional de América, Setiembre 16 de 1812.—*Lic. Ignacio Rayon*, presidente.—*José Ignacio Oyarzábal*, secretario.

NUMERO 115.

“El Ilustrador Americano.”—Núm. 24.—Setiembre 26.—Parte de D. Ramon Rayon, del ataque y toma de Xerequaro.—Concluye la carta de Doña M. T. á su amiga.

ILUSTRADOR AMERICANO

DEL SABADO 26 DE SETIEMBRE DE 1812.

NUM. 24.

Parte del Sr. comandante de Tlalpujahua Don Ramon Rayon al Exmo. Sr. Lic. D. Ignacio Rayon.

Exmo. Sr.—Acaba esta corta division de dar el testimonio mas inequívoco de su valor, de su obediencia, y de quantas bellas qualidades deben adornar á un soldado.

Verifiqué mi marcha desde el Batan tomándome el tiempo preciso para sorprender al despuntar el sol al perverso pueblo de Xerequaro, que hacia dias era el punto fatal de donde continuamente salian partidas á robar á los infelices pueblos y haciendas, al solo pretesto de saber habian alojado á alguno de las tropas de la nacion.

Rompí el fuego con sesenta fusiles, dexando el pequeño resto á las órdenes del Sr. coronel Polo, que con su caballería se sostuvo á pie firme esperando recibir mis órdenes.

Los enemigos presentaron una oposicion obstinada, y despues de un continuo fuego con dos cañones de á seis, dos pedreros, ochenta y quatro fusiles y treinta retacos se refugiaron al cementerio, donde continuaba su resistencia; pero nada era obstáculo á la intrepidez de nuestra tropa; nuestros dos pequeños cañones tuvieron que situarse á poco mas de tiro de pistola de los suyos, y estos movimientos impusieron tal terror al enemigo que no pensó sino en guarnecerse en la torre é iglesia: la ventaja con que pelearon ya se dexa ver, pero aun mayor era la de la bizzarria de nuestra infantería.

Conocieron que el golpe era inevitable, y

quando ya los valientes trepaban la escalera de la torre pidieron con las demostraciones mas sumisas el que se les perdonase la vida, arrojando las armas y entregandose á discrecion.

El resultado despues de quatro horas de fuego, ha sido qual debia prometerse del órden y energia de esta division, pues han caido en nuestro poder todos los cañones, armas de fuego y blancas que habia en el lugar con los equipages, remontas y quanto pertenecia á la gente enemiga, proporcionando la suerte que el comandante de la division Ferrer, que salia aquella mañana á sorprender á uno de los nuestros que se le habia informado hallarse en las cercanias, cayese con su escolta, despues de gravemente herido.

No entra en mis principios derramar la sangre del que se ha humillado, y aunque algunos tuvieron la infamia de hacer fuego aún despues de rendidos, remito á V. E. ciento siete de los ciento veinte y siete que tomé prisioneros, entre ellos al comandante y dos gachupines, para que V. E. proceda con conocimiento de sus particulares conductas, habiendo libertado veinte por ser notorio hallarse contra su voluntad.

He perdido tres hombres, y no espere V. E. que recomiende á alguno en particular, pues yo no sabré decir si hubo alguno que excediera á otro en valor.—Dios guarde á V. E. muchos años. Xerequaro septiembre 2 de 1812.—Exmo. Sr.—*Ramon Rayon*.—Exmo. Sr. presidente de la suprema junta Lic. Jgnacio Rayon.

¡Qué reflexiones se presentan con motivo del glorioso ataque de Xerequaro! El Exmo. Sr. Rayon condenó á pena de muerte al comandante Ferrer, á los dos gachupines Morante y Velez, y á cinco prisioneros, que á sus particu-